

# PROBLEMATICA DE LA LUCHA DE CLASES A ESCALA MUNDIAL. PLANTEAMIENTO Y SOLUCIONES (\*)

«Los pueblos ya desarrollados tienen la obligación gravísima de ayudar a los países en vías de desarrollo...»

(Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, 86.)

«Fúndense instituciones capaces de promover y de ordenar el comercio internacional, en particular con las naciones menos desarrolladas, y de compensar los desequilibrios que proceden de la excesiva desigualdad de poder entre las naciones.»

(Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, 86.)

## I. LA DIVISIÓN PAÍSES RICOS-PAÍSES POBRES

En esencia, la inmensa cuestión del subdesarrollo se resume en la categórica aseveración de Su Santidad Juan XXIII: «El problema más importante de nuestra época es quizá el de las relaciones entre comunidades políticas económicamente desarrolladas y países en vías de desarrollo económico» (*Mater et Magistra*, 161).

Lo esencial a consignar aquí es que la relación *Estados ricos-Estados pobres*, y su problemática, ha tomado carta de naturaleza en la doctrina internacional.

El motivo central es que los países adelantados e industrializados de América del Norte, Europa occidental y Australasia se están enriqueciendo paulatinamente, al paso que los países menos adelantados de fuera de la órbita comunista permanecen en la mayor pobreza, siendo sus progresos su-

---

(\*) Advierta el lector que el presente trabajo forma parte de una extensa investigación llevada a cabo por el autor —en el cuadro del Seminario de Estudios Internacionales de la Universidad de Zaragoza—, y enfocada sobre los complejos componentes de un eficaz Orden mundial.

mamente lentos (Walter Lippmann). Las naciones ricas van enriqueciéndose cada vez a mayor velocidad y las pobres van empobreciéndose (Pierre Drouin). El presidente mejicano López Mateos aludía en términos análogos a esta cuestión en su Informe al Congreso el 1 de septiembre de 1961. John F. Kennedy advertía, hace unos pocos años, cómo las naciones ricas se hacen más ricas, mientras las pobres se hacen más pobres, con menos capital, más población y muchas menos esperanzas.

De un modo o de otro, se han referido a esta materia: G. Myrdal, R. Theobald, Bárbara Ward, Pierre Mendès-France, Strachey, el general Gavin, Willy Brandt, J. de Castro, Keyserling, P. Moussa, T. Mende, W. Singer, etc. De ella se han ocupado las revistas: del *International Peasant Union Monthly Bulletin* a *Occident-Western World* y *Life*...

Y se llega a sostener: «La actual división del mundo en países ricos y países pobres es más grave, y en definitiva, más explosiva que la división del mundo según las ideologías.» Tal es el aserto del secretario general de la O. N. U., U Thant. Adlai Stevenson mantenía en 1960: «La disparidad en los niveles de vida entre los [países] ricos y los pobres constituye una amenaza para la paz tan grande como la carrera de armamentos.»

«La línea de división del mundo no es la comúnmente admitida entre el Este y el Oeste, sino... la del hambre entre el Norte y el Sur»: sir Cyril Osborne, ante la Unión Interparlamentaria, Lausana, abril de 1963.

«La pauperización no deja de extenderse a través del mundo», subrayaba —en 1963— Henri Bartoli, profesor en la Facultad de Derecho y Ciencias Económicas de París.

Por si estas apreciaciones resultasen insuficientes, adviértase que un informe publicado por el *Bureau International du Travail* —sobre la situación de los trabajadores en el mundo— sostiene que ha aumentado la distancia entre los niveles de vida de los países industrializados y los de las naciones poco desarrolladas.

Los asertos de este tipo continúan. Así, Samuel Brittan —editor económico del *Observer*— esgrime este pensamiento: «La distancia entre los países ricos y los pobres está haciéndose mayor cada vez más...»

Una de las conclusiones sacadas de los trabajos de la primera fase de la Conferencia mundial sobre el Comercio y el Desarrollo (Ginebra, 1964) era, según Abdel Moneim Kaissouni —presidente de la Conferencia—, la unanimidad en reconocer la existencia de un profundo foso, que va ensanchándose, entre los países subdesarrollados y los países industriales.

Recordemos que el primer ministro de Francia —M. Pompidou— decía, a mediados de 1964: «Dejado aparte el hecho nuclear, no hay hecho más grave que [el] foso cavado por la revolución industrial entre los pueblos:

un millar de millones de hombres tienen un elevado nivel de vida, que no deja de mejorarse; dos millares de millones tienen un miserable nivel de vida, y se corre el riesgo de que se degrade.»

A la vez, consignemos que en la Conferencia de primeros ministros de la Commonwealth de 1964 (julio), los representantes asiáticos y africanos se inquietaban de la creciente separación entre los países ricos industrializados y los países pobres en vías de desarrollo.

Como punto final de este asunto, señalemos que el 16 de julio de 1964 el secretario general de la O. N. U. continuaba considerando la separación entre los países ricos y los países pobres como «el problema principal de nuestra época». Etc.

\* \* \*

De ahí la pertinencia de la intervención de Olivier Lacombe en la XI Semana de los Intelectuales Católicos: ¿qué decir si la nación entra en la dialéctica de la lucha de clases y se carga de un resentimiento proletario, tan fundados como puedan ser los «agravios» de tantas naciones desfavorecidas? Algunos presentan tal interrogante como algo con lo que hay que contar. Así, Fraga Iribarne.

Resumiendo, a la histórica lucha social interna —casi ya concluída en los Estados avanzados— se contraponen *la nueva lucha económica internacional*.

Lo que sucede hoy en la economía internacional es una repetición aproximada del curso que siguieron internamente los países ahora industriales durante los últimos doscientos años. El drama se repite —ha subrayado el ex presidente Figueres— no ya en las relaciones entre minorías ricas y mayorías pobres dentro de las sociedades avanzadas, sino en el amplio escenario del comercio entre pueblo y pueblo, entre unos pocos países ya enriquecidos y los muchos países «proletarios» de nuestro tiempo.

En suma, si la profecía de Karl Marx —según la cual el proletariado de los Estados industriales sería cada vez relativamente más pobre— no se realizó en las democracias contemporáneas, en la arena internacional tal predicción puede aún cumplirse...

No se olvide que la división *países ricos-países pobres* se extiende también al movimiento comunista internacional. Y que incluso tal premisa supera la división ideológica —como señala U Thant—. Por ejemplo, para Julius Nyerere —destacado político de uno de los más jóvenes Estados: Tanga-nyika—, «los países ricos —capitalistas y socialistas— recurren a la riqueza para subyugar a los países pobres. Ambos bloques se hallan dispuestos a debilitar y dividir a los países pobres con el fin de dominarlos».

## II. PLANTEAMIENTO Y SOLUCIÓN DEL PROBLEMA

En estas materias, «la magnitud de los problemas es abrumadora» (Kennedy). Tengamos presente sus derivaciones: «La pobreza, las epidemias, el hambre y el analfabetismo no solamente son un insulto a la dignidad humana..., sino que amenazan la estabilidad de los Gobiernos, exacerbando las tensiones y amenazando la paz internacional» (U Thant).

De un lado, está la cuestión de la envergadura de la ayuda, y de otro, la característica de la urdimbre institucional encargada de la enorme empresa.

Por lo pronto, véase —simplemente, a título de índice— que durante el período 1956-1959 los países subdesarrollados recibieron del mundo no comunista —de Austria al Japón, pasando por los Estados Unidos y Francia— un total de cerca de 28.000 millones de dólares (en contribuciones bilaterales —oficiales y privadas— y de Agencias multilaterales).

Sin embargo, la futura tarea entrevista exige mucho más, si quiere ser efectiva. Veamos.

En un texto elaborado por el Centro de Estudios Internacionales del *Massachusetts Institute of Technology* —y de cuya redacción se encargaba el profesor Rosenstein-Rodan—, para la fase 1961-1966 se evaluaba en 5.700 millones de dólares anuales el capital (en ayuda propiamente dicha y en inversiones privadas) que necesitaban los países subdesarrollados. Durante el lapso 1966-1971, la cantidad estimada viene a ser de 5.600 millones por año. Y en el período 1971-1976 las necesidades en capitales extranjeros se cifran en 3.800 millones anuales.

Ahora bien: hace no muchos años, un informe de un grupo de expertos de las Naciones Unidas daba como cifra 19.000 millones de dólares anuales para un modesto programa de duplicación de la renta nacional por cabeza en treinta y cinco años.

Una advertencia: traemos aquí esas estimaciones con un escueto valor sintomático. Otros estudios —los de Perroux, Méraud, Moussa, Tabah, etcétera— barajan también sus cifras, diferentes, y aun mucho mayores (Tabah). La diversidad de números y resultados puede inducir a una conclusión pesimista. Verdaderamente.

Empero, por encima de pormenores y precisiones, ha de quedar en claro una cosa: *la magnitud del problema del subdesarrollo*.

De ahí que, por esa razón, se dirija la vista a esas «inmensas energías humanas» y esos «gigantescos recursos» consumidos en «fines no constructivos»: los «terribles instrumentos de ruina y de muerte» a que se refiere

la *Mater et Magistra* (207 y 201). Y no olvidemos cómo Pablo VI —en su Mensaje de Navidad de 1964— consideraba —no sin espanto— «cierto militarismo, orientado no ya a la legítima defensa de los respectivos países y al mantenimiento de la paz universal, sino dirigido más bien hacia *armamentos cada vez más poderosos y destructores, que absorben colosales energías de hombres y de medios materiales...*»

No cabe ignorar el asunto. Observemos que anualmente los gastos militares ascienden —según Schwoebel— a 170.000 ó 180.000 millones de dólares. Es decir, cada año el mundo consagra a los gastos militares del 8 al 9 por 100 de la producción de bienes y servicios. Tan exorbitante cantidad equivale por lo menos a los dos tercios de la renta nacional de *todos* los países subdesarrollados.

Y he aquí que —optimistamente, ingenuamente— piénsase cómo la reducción de los dispendios militares liberaría un buen conjunto de recursos, lo cual permitiría el aumento de la ayuda al *tercer mundo*. Sin embargo, en tal problemática ya las solas implicaciones económicas del desarme no permiten un enfoque simplista.

Pues bien; si los Estados industrializados del Este y del Oeste consagrasen a la ayuda exterior en capital un poco más del 1 por 100 de su producto nacional, y si, paralelamente, los componentes del *tercer mundo* dedicasen al esfuerzo de mejora la mitad de los recursos liberados por el desarme, podría triplicarse el índice de crecimiento de la renta *per capita* de las naciones subdesarrolladas.

### III. LA FUNDAMENTACIÓN IDEOLÓGICA DE LA AYUDA CONTRA EL SUBDESARROLLO

¿Cuál es el *entramado de ideas* con que ha de hacerse frente al reto del subdesarrollo? Esto es tanto como preguntarnos las razones de la ayuda al exterior.

#### 1. Razones morales

Empecemos por hacer notar que la acción internacional en favor de los países insuficientemente desarrollados encontraba un apoyo decisivo en un determinado sector *humanista* de los Estados Unidos —en la época del equipo del *New Deal*—, reforzado por las teorías económicas de la posguerra.

Estas filosofías humanitarias se construían a base de la creencia de que

las técnicas modernas de producción pueden liberar a todos los pueblos de la miseria y a base de que la desigualdad de recursos impone deberes suplementarios a los pueblos mejor dotados.

Hoy el argumento moral se halla perfectamente estructurado en un editorial de G. Hourdin, inserto en el número de febrero de 1963 de *Croissance des Jeunes Nations*. De él extraeremos un duro apóstrofe: «¿No están contaminados nuestro *confort*, nuestra cultura, nuestra alegría de vivir por el precio que pagan los millones de hombres viviendo en la extrema miseria, el hambre, la sordidez, la ignorancia y el paro más horroroso?»

En esta ruta, nos parece acertado registrar la solemne admonición que el profesor Alfred Sauvy pone en boca de un imaginario portavoz del *tercer mundo*: «Vosotros los ricos, vosotros que estáis en posesión de las tres cuartas partes de la riqueza del planeta, cometéis el crimen de despilfarrarlas. Por muy importantes que puedan ser vuestras diferencias internas, son de una dimensión muy débil comparadas con la vida... de millones de personas. Hace una generación se habían puesto en la balanza la mantequilla y los cañones. Son estos últimos los que han prevalecido. Y he aquí que hoy la elección se presenta entre vuestros cañones y nuestra mantequilla o, más exactamente, entre vuestros proyectiles dirigidos y nuestro pan. Es nuestro pan lo que malgastáis y, aun todavía peor, la posibilidad de nuestro pan del mañana. Si un día, una desgracia le llega al planeta, y si queda un historiador para describirla, os imputará la falta más grave que jamás haya cometido un hombre sobre la tierra. Los crímenes de un Calígula, de un Atila, de un Hitler no son nada, en dimensión, respecto a los que preparáis: matar a unos con lo que se podría hacer vivir a los otros.»

También las razones morales hablan por boca de Pompidou, aunque en tono menos catastrófico: «La renta media del americano, que antes de la guerra estaba en el coeficiente 15 con relación al del indio, está hoy en el coeficiente 30. Las estadísticas internacionales evalúan en 1.900 dólares la renta media de los países industriales. Si se corrige tal cifra para tener en cuenta el enorme poder de compra americano, se llega a 1.400 ó 1.500 dólares para un país como Francia. En los países subdesarrollados, la renta media alcanza solamente los 130 dólares. En 1980 se prevé que será de 3.000 a 4.000 dólares en los países industriales.» [Pues bien]; «si cesara la cooperación, la renta caería a 80 dólares en los países subdesarrollados. Manteniendo el esfuerzo actual, no pasará los 180 dólares. En una parte del mundo, los hombres mueren a una media de setenta años. En la otra parte mueren a los treinta años. En las Indias, en los diez años que vienen, 50 millones de niños morirán de miseria y de hambre».

No obstante, esta sana tendencia no siempre encuentra una general com-

presión. Por ejemplo, durante los trabajos de la XVI sesión del Consejo Económico y Social, un delegado exponía el siguiente criterio: «Siendo lo que es la naturaleza humana, debo suponer razonablemente que el móvil que la impulsa a actuar es el interés personal, disimulado siempre que sea posible bajo una apariencia de generosidad.»

## 2. Razones políticas

El argumento político puede condensarse en unos conceptos del profesor Colliard. Son éstos: «La ayuda a los países subdesarrollados no se sitúa simplemente en el plano de una *caridad internacional*. Puede aparecer no sólo como una medida de justicia social, sino también como una precaución, una especie de seguro de los países desarrollados contra los riesgos de desequilibrio y de subversión que pueden representar los países subdesarrollados.» Bien claramente recogía este peligro un documento oficial canadiense: «La independencia política apenas tendrá significación para los países poco desarrollados si no se acompaña de bienestar y de una reanimación económica. Si los Gobiernos que acaban de establecerse no aseguran las ventajas económicas y sociales deseadas, podría haber *mucho agitación y revuelta, con su secuela de ocasiones para los fomentadores de tumultos del exterior...*»

Siguiendo con el argumento político, se nos muestra otra faceta: «La ayuda puede... aparecer como una operación política a la que se entregan diversos países para asegurarse diversas ventajas de carácter estratégico o político.»

Y, en esas circunstancias, diremos —con un político francés— que «sería ceguera o excesivo pudor el negar que los países en vías de desarrollo constituyen un *campo de rivalidades* entre países industriales —particularmente, entre los del mundo comunista y los del mundo libre, entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos—».

Mas hemos de advertir que, después de las experiencias de los últimos lustros, más de uno no cree en la efectividad de tal método para conseguir objetivos políticos. Por ejemplo, sir William Hayter ha escrito en el *Observer*: «El fin político que debemos ahora buscar no es el conseguir gratitud o el establecimiento de influencia política en el país receptor, o la derrota de ideologías opuestas. Debemos haber aprendido... que estos fines no son conseguidos por la ayuda económica. Nuestro fin político debe ser la... elevación de los niveles de vida... en interés del pueblo de estos países. [Y] también en interés de un mundo estable y pacífico.»

Eso nos lleva a hacer referencia al argumento económico.

### 3. *Razones económicas*

Entre ellas, se mencionan el deseo de no romper brutalmente los vínculos creados y las corrientes establecidas por la pertenencia a un mismo «conjunto». Caso de Francia. Los países de la zona-franco perciben más del 85 por 100 de la ayuda pública y privada bilateral concedida por Francia y más del 95 por 100 de la ayuda pública. Concentración que evidencia ser la herencia del pasado colonial. También se habla de la necesidad de la ayuda como medio concreto de mantener la corriente de las exportaciones. Así, el Gobierno de Washington.

No obstante, la esencia del problema radica en lo que Myrdal ha llamado una política de «integración económica». Para el célebre economista sueco, esta idea responde a la realización del ideal occidental de la igualdad de oportunidades en el plano económico, moral y humano. Así concebida, la integración se enfoca hacia la reducción de las diferencias en los niveles de vida entre los diversos miembros de un mismo grupo nacional y la realización del ideal de la igualdad de oportunidades en las relaciones entre los pueblos.

### 4. *Razones culturales*

Este perfil se compendia en la creencia de poder exportar cultura y lengua por medio de la ayuda. Aspecto importante a la hora de formación de técnicos, etc., «marcados» por el sello cultural del país-huésped, con posible «rentabilidad» en el futuro.

### 5. *La multiplicidad de razones*

La agudeza del problema del desarrollo y la conciencia internacional de sus implicaciones hacen que el argumento moral preceda al argumento económico. Ahora bien; como ha asegurado Papanicolaou, lo importante es que los dos móviles se refuercen mutuamente.

Lo natural es hablar, con Raymond Scheyven, de argumentos morales, económicos, políticos, etc., que abonan conjuntamente en pro de una gran obra de entre-ayuda internacional.

La Comisión Jeanneney reconocía que el motivo básico de la cooperación

francesa con los países subdesarrollados era su conciencia de la solidaridad con el resto del mundo: «Fallar en este deber sería negar la civilización que ella encarna, destruir su inspiración, poner en peligro su florecimiento. *La política se combina aquí con la ética.*»

\* \* \*

Ahora bien; tras lo dicho, surge la cuestión de *la naturaleza y la extensión de las obligaciones entre los países desarrollados y los países subdesarrollados.*

Por lo pronto, a la vista de los numerosos Acuerdos y la continua creación de instituciones destinadas a servir a los países subdesarrollados, al profano puede parecer que se compone progresivamente *un derecho reconocido a la asistencia.* Y a este respecto puede resultar significativa la posición de un delegado de un país subdesarrollado —Méjico— en el Comité de Asistencia Técnica de la O. N. U.: «Se olvida demasiado frecuentemente que existe una herencia común del saber, de la cual todo país tiene derecho a sacar los conocimientos técnicos necesarios para su desarrollo... Un gran número de países consideran todavía la asistencia como una caridad y no como *una obligación de dar a cambio de lo que han recibido...*»

«*Tenemos deberes* hacia los países que han sido colonias francesas —ha dicho Gastón Defferre, comentando el *cartierismo*—, y abandonarles sería un grave error en el plano moral y político.»

El 16 de abril de 1964, el general De Gaulle —en respuesta a los que piden el cese de la ayuda a los países subdesarrollados (el citado *cartierismo*)— se refería al «*papel que nos corresponde* en la evolución de los pueblos subdesarrollados.»

Y la cosa no termina ahí. Pues al *derecho* a la asistencia se añade la *obligación* de desarrollo.

Esta cuestión se ha explayado, ante el Consejo Económico y Social, por uno de sus más brillantes oradores —el libanés C. Malik—. Y lo hacía en los siguientes términos: «... Si un país insuficientemente desarrollado está atrasado hasta el punto de no darse cuenta de las ventajas que llevaría consigo la puesta en valor de sus recursos, ¿no tiene la comunidad internacional el deber de despertar y de provocar el interés de este país? Si ella es del parecer de que la economía primitiva de esta región constituye un verdadero peligro, ¿no tiene el deber de intervenir, tanto en interés del

país como en interés de la misma comunidad mundial?» Malik respondía afirmativamente, defendiendo la opinión de que un país no tiene el derecho de negarse a desarrollar sus recursos. El solo principio de la igualdad soberana de las naciones no lo autorizaría...

Tesis que, sin embargo, conduce —a entender de Papanicolaou— a un conflicto con la Carta de las Naciones Unidas, la cual estipula que ninguna de sus disposiciones autoriza a las Naciones Unidas a intervenir en los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los Estados.

Nosotros, empero, hemos cumplido con registrar hasta dónde llegan las aspiraciones *comunitarias* de algunos doctrinos del desarrollo económico de la Humanidad.

#### IV. UNA ORGANIZACIÓN MUNDIAL CONTRA EL SUBDESARROLLO. SUS DIVERSAS FACETAS

Y viene la radical interrogación de cómo hacer frente *institucionalmente* a las necesidades del mundo de los países pobres.

Para tener plena conciencia de esta problemática, hemos de partir de una tremenda evidencia: *el fracaso —en visión de conjunto— de la ayuda bilateral otorgada por los Estados ricos.*

El editor económico del *Observer* ha escrito: «El fracaso más espectacular en la política mundial de la pasada década es un asunto en el que los Estados Unidos, Rusia y Europa han participado. Se trata del fracaso de los países ricos del mundo en hacer algo efectivo para ayudar a los países pobres a superar su pobreza.»

Para Jean Montalat, hasta el presente, la ayuda de las naciones ricas al mundo subdesarrollado se salda con un fracaso.

El 3 de febrero de 1964, Robert Buron —presidente del Centro de Desarrollo de la O. C. D. E.— declaraba: «Referente al *tercer mundo*, soy pesimista. Desde hace dieciocho años, los Gobiernos occidentales han multiplicado los esfuerzos. ¿Dónde estamos actualmente? La respuesta es: en un fracaso total.»

No hace mucho tiempo, en la reunión de Basilea de la Conferencia Europea de la Cultura, todo el mundo parecía de acuerdo en admitir una cierta quiebra de la ayuda a los países subdesarrollados, *tal como ha sido concebida y distribuida hasta el presente* (Alfred Fabre-Luce).

Y, en el caso concreto del mundo occidental, no sólo se ha calificado su

ayuda de «tibia e ineficaz», sino que se ha considerado como «distorsionada»: tanto porque sólo beneficia a las clases dirigentes como por la misma concepción del «desarrollo» que trata de imponer.

\* \* \*

Otra evidencia de la que hemos de partir es las incontrovertibles *limitaciones del multilateralismo*.

Verdad es que el género humano posee una impresionante formación de instituciones internacionales encaminadas, de un modo o de otro, a enfrentarse con los problemas económicos y sociales. Y, concretamente, en el campo del desarrollo económico y social, el conjunto de organizaciones resulta el más notable de todos. Se ha hablado de *exuberancia* (L'Huillier). Situación que es reconocida también por una obra tan consciente de las exigencias de nuestro tiempo como *A Forward Strategy for America*.

«Asombrosa proliferación» de las instituciones de desarrollo que lleva a sentar la clara necesidad de «esfuerzos coordinados hacia una consciente y eficiente» política internacional de desarrollo. Multiplicidad de esas instituciones que presenta obvios problemas de coordinación. Así lo ve el equipo de *Prospect for America*, los Informes del *Rockefeller Brothers Fund*.

En todo caso, la Iglesia católica ve la cuestión con nítidas tonalidades: «La cooperación científica, técnica y económica entre comunidades políticas económicamente desarrolladas y países que todavía están al principio o en los primeros pasos de su desarrollo, quiere otra amplitud que la que conocemos» (*Mater et Magistra*, 169).

Esa tónica parece aprehenderse entre los seguidores de la dinámica internacional. U Thant ha afirmado que el papel de la O. N. U., como organismo mundial de distribución de la asistencia económica y técnica al mundo subdesarrollado, debe ser ampliado en gran escala.

¿Explicación de tal dialéctica?

Autores como Josué de Castro reconocen que en los organismos internacionales trabajan hombres de una calidad excepcional que se dedican en cuerpo y alma al mejoramiento de la condición humana. Pero, por desgracia, esos hombres no tienen ni el poder ni la autoridad para tomar decisiones. Estas decisiones dependen de Asambleas de representantes o delegados de los Estados que, por encima de los intereses superiores de la Humanidad, colocan en primer lugar sus egoístas intereses nacionales.

Por otro lado, tenemos que la ayuda dispensada por las instituciones internacionales es de un volumen bastante pequeño.

En diez años, el Bureau de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas concedía 270 millones de dólares, consistentes en envío de expertos, becas de estudio, etc. Hasta el 31 de marzo de 1964, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento había hecho, desde su creación, 376 préstamos, importando 7.577 millones de dólares. En 1964-1965, el B. I. R. F. concedía 38 préstamos, por un total de 1.023 millones de dólares. Etc. Cifras, a la vez, importantes e irrisorias, dada la intensidad del mal a curar. A la par, se recuerda la preocupación por la rentabilidad que anima a instituciones como el citado Banco o como la Sociedad Financiera Internacional, lo cual reduce sus actividades.

En todo caso, he aquí algunas de las tachas atribuidas al Banco: 1) El Banco Mundial funciona según las normas de un Banco comercial ordinario. No debe hacer más que préstamos *seguros*: uno de los vicios fundamentales de los Estatutos de este organismo. 2) El Banco no presta más que a proyectos *bien definidos*. Dificultad, por tanto, de préstamos a la agricultura (un hecho: en 1964, dos tercios de sus préstamos habían sido para el fomento de la potencia eléctrica y los transportes). 3) El Banco no cubre más que una parte de los proyectos de inversiones. 4) El Banco exige la garantía gubernamental.

Y es ese motivo de rentabilidad el que hacía que en 1960 se estableciese la Asociación Internacional de Fomento (o de Desarrollo). Esta puede conceder préstamos a largo plazo sin intereses. Pero no dispone más que de un débil capital (en mayo de 1964, 1.002 millones de dólares). En 1964-1965 concedía 20 créditos, totalizando 309 millones de dólares.

Por tanto, tienen razón quienes afirman que no es suficiente con defender la causa del multilateralismo en tanto que la *forma* no se una a la *sustancia*. ¡Y no es poco lo que exige esa *sustancia*!

\* \* \*

En definitiva, se pide la instauración de «un sistema mundial de cooperación internacional» para prestar una ayuda colectiva a los países subdesarrollados. En la lucha contra el subdesarrollo, «la ayuda ha reemplazado ya a la caridad; ahora la cooperación debe reemplazar a la ayuda»: fórmula de René Maheu, director general de la UNESCO.

Y opínase que, para resolver un problema de esta envergadura, es preciso algo más que *un simple organismo internacional*.

Se ha mantenido la postura del *complejo de Agencias*. Así lo hacía el presidente mejicano López Mateos en los discursos pronunciados durante su viaje por Europa en 1963.

Y las cosas marchan por el camino de las propuestas «revolucionarias».

Se ha propuesto la creación de una *Organización internacional para asistir a los países con bajos niveles de vida*. Asistencia a realizarse por medio del desarrollo económico y de programas de estabilización. El nuevo Consorcio internacional se ha enfocado como un desenvolvimiento de la *International Development Association*, con mayores fondos y expansión de las formas de asistencia, reuniones anuales, subdivisiones regionales (las actuales Comisiones regionales de las Naciones Unidas) y eventual aprovechamiento de las organizaciones regionales (como la O. E. A. o el Plan Colombo) —operantes fuera del entramado de la O. N. U.—, con la tarea de aclaramiento de los programas a someterse a la aprobación de la I. D. A.

Pablo VI ha propuesto —en Bombay, en 1964— «la creación de un gran Fondo mundial, en el que cada nación invertiría, al menos, una parte de sus gastos militares... para la solución de los numerosos problemas que se presentan a tantos desheredados».

Fijémonos en que los *mundialistas* ponen su atención —al transformar la Carta de las Naciones Unidas en un Gobierno mundial— en el establecimiento de una *World Development Authority*, con el objeto de hacer frente al complejo de la asistencia técnica y financiera al mundo subdesarrollado y de llevar a efecto los planes a largo plazo y de un modo ininterrumpido (Grenville Clark y L. B. Sohn).

El Brasil se insertaba en esta dirección cuando en la Conferencia mundial sobre el Comercio y el Desarrollo lanzaba, en abril de 1964, la idea de la creación de un *Consejo de Seguridad Económica*, compuesto por 21 miembros, de ellos 14 representantes de los países subdesarrollados, sin derecho de veto y tomando sus decisiones por mayoría simple, y disponiendo del instrumento de sanciones —yendo hasta el embargo económico—; una Asamblea General; un Comité director, elegido sobre bases geográficas; una Autoridad financiera, encargada de coordinar la política de ayuda, y diversas Comisiones.

Con todo, en el sentir de Josué de Castro, se necesita un *organismo supranacional*, liberado de las exigencias esterilizantes de lo que se llama, sin gran fundamento, el interés nacional de cada país.

Robert Buron arguye que «se necesita una *entente* entre los países industrializados. De hecho, un *embrión de Gobierno mundial* y —por tanto— una *solución política*.»

Cosa lógica. Pues, a fin de cuentas, y como nos dice Perroux, la paz es indivisible, y resolver el problema de la miseria a escala mundial depende de una *política general*...

\* \* \*

Y, en resumidas cuentas, surge la conveniencia de cambiar el mecanismo económico internacional actuando en dos puntos: 1. El mercado mundial debe organizarse: en vez de ser abandonado a un régimen de liberalismo casi absoluto, ha de actuarse de forma que los países pobres no se vean lesionados por el ciego juego de las «leyes económicas» que regulan los precios hasta el presente. 2. Un aspecto clave en esta orientación reside en la necesidad de que las ayudas no sean desordenadas, parcelarias, distribuidas con dobles empleos y en la exigencia de una coordinación de los esfuerzos de los que dan y de los que reciben. Lo que, como ha advertido el profesor Perroux, es tanto como remitir la cuestión, se quiera o no, a un *plan o programa de desarrollo mundial*. Sauvy ha llegado a pedir una *planificación mundial*, en la cual es preciso «ir muy lejos».

Ciertamente, un primer paso en esa planificación podría ser la *organización de los mercados*. Para algunos, esto se pone como el factor decisivo en el restablecimiento de un mejor equilibrio en las relaciones económicas internacionales.

Ahora bien; eso no parece ser más que un paso. El mundo subdesarrollado necesita más.

El problema es que, como ha escrito François Perroux, *todavía estudiamos la pobreza en el siglo XX en términos casi medievales*. «Nuestra intención es quizá pura. Pero nuestros instrumentos de análisis son desusados. El error radica en enfrentarse con la pobreza ligada a la limosna y separada de la reforma fundamental de las instituciones.» Y esto se entenderá mejor añadiendo una aclaración, a través de unas palabras del secretario general del G. A. T. T. —White—: «Lo que se necesita para encontrar una solución al subdesarrollo no son los instrumentos, es la *voluntad política de los Gobiernos*.» Es lo que ha consignado el chileno Carlos Valenzuela Montenegro: «Los problemas del desarrollo son tan variados, tan complejos y tan difíciles, que no pueden vencerse más que por medio de una *voluntad de naturaleza política*.»

Por consiguiente, se ha de dar la razón al profesor Bartoli, cuando afirma: «Para que los pobres sean duraderamente alimentados no bastan algunas campañas contra el hambre, gestos de caridad tan amplios como sean. No son las virtudes morales —apaciguando la pasión del lucro en los ricos

y la envidia y el odio en los miserables— las que pueden por sí solas liberar a los pobres y a los oprimidos.» Lo que se requiere es una invención de orden material y de orden espiritual. *Esta solución pasa por las estructuras políticas, económicas y sociales —nacionales e internacionales—.* «Se impone una reforma de la organización económica mundial», dirá Arman Mattelart.

Urge, pues, la forja de remedios de gran envergadura, en gran escala.

\* \* \*

A tono con tal espíritu ha de saberse que se ha pedido una reestructuración del G. A. T. T. para acomodarlo a las tareas del mundo de la hora actual.

Incluso se ha ido hasta proponer la creación de una nueva Organización internacional del Comercio, englobando a todos los países del mundo. Así lo ha hecho la U. R. S. S., para quien el G. A. T. T. refleja demasiado las opiniones anglosajonas y no es bastante abierto (P. Drouin).

Sébase que, inicialmente, el Acuerdo general sobre aranceles aduaneros y comercio aparecía como un *club* de ricos. El documento original del G. A. T. T. no contenía, a excepción de un artículo, disposiciones *específicamente* adaptadas a los problemas de los países subdesarrollados.

Ahora bien; el Acuerdo ha tratado de ponerse a tono con la nueva situación creada por el protagonismo de las naciones pobres. Desde 1961, las cuestiones del subdesarrollo ocupan mayor atención. Véanse, por ejemplo, la Declaración adoptada por los ministros de los países miembros del G. A. T. T. en diciembre de 1961, y más todavía el llamado programa de acción aceptado en la reunión ministerial de mayo de 1963. El 8 de abril de 1964, el secretario general del G. A. T. T. recomendaba, en la Conferencia mundial de C. y D., la revisión del Acuerdo, añadiendo un capítulo sobre *el comercio y el desarrollo*.

Pues bien; con objeto de dar un adecuado cuadro de orden jurídico a esos esfuerzos para facilitar el comercio de exportación de los países subdesarrollados, el 26 de noviembre de 1964 una sesión especial de la Partes contratantes de tal Acuerdo adoptaban un nuevo capítulo, bajo el título de «Comercio y Desarrollo» (artículos XXXVI-XXXVIII). El 8 de febrero de 1965, 28 Estados firmaban, en Ginebra, el Protocolo relativo al nuevo capítulo.

En esencia, el mentado capítulo recoge los siguientes principios:

1.º Planteamiento de la importante cuestión de que los países desarro-

llados no deben exigir, en las negociaciones comerciales, reciprocidad por parte de los Estados en vías de desarrollo para las ventajas de «tarifas» (u otras) que ellos acuerden.

2.º Compromiso por parte de los países desarrollados de no aumentar—salvo razones imperiosas— los obstáculos a las exportaciones de productos que presentan un particular interés para los países subdesarrollados y de conceder una alta prioridad a la reducción de los obstáculos existentes.

3.º Previsión de una apropiada colaboración por las Partes contratantes a fin de hacer triunfar las medidas encaminadas a mejorar los mercados mundiales de productos primarios.

Por más que existan quienes, como el Gobierno francés, aseguren que este texto es de inspiración demasiado «liberal» y que desconoce en más de un punto los verdaderos intereses de las naciones subdesarrolladas.

\* \* \*

Como un nítido síntoma de muchas urgencias, ha de citarse aquí la *Conferencia mundial sobre el Comercio y el Desarrollo*, celebrada en Ginebra en 1964 (23 de marzo-16 de junio).

Ella era resultado de una Resolución de la Asamblea General de la O. N. U. (Res. 1785, 1962).

Primeramente hemos de decir que nos hallamos ante una Conferencia de una amplitud sin precedentes en la Historia (Brasseur). Con un mérito fundamental: plantear de una manera general, por primera vez en la Historia, un cierto número de problemas de carácter universal (André Philip).

Desde luego, *los objetivos propuestos por la Conferencia eran ambiciosos de verdad*. Se quería obtener: 1) La creación de un Organismo internacional dependiente de las Naciones Unidas que controlase el comercio entre las naciones. 2) El establecimiento de un sistema de preferencias—en la exportación a Estados desarrollados— para los productos elaborados o semi-elaborados de los países subdesarrollados. 3) Un sistema de compensaciones para los precios de las materias primas de las naciones subdesarrolladas. 4) Un compromiso de los Estados prósperos para destinar algún porcentaje de su renta nacional a la asistencia a los países pobres.

Ahora bien: la fórmula escogida para la reunión no era la mejor para un trabajo preciso y concreto. Una Conferencia tan vasta no podía consagrarse—esencialmente— más que a las declaraciones de principio. No debe pensarse en que, a la postre, y como se ha escrito en una revista del

mundo subdesarrollado, «los Acuerdos de la Conferencia fueron el fruto de largas negociaciones, desarrolladas en una Conferencia fuera de la Conferencia, en los pasillos, entre grupos de delegados».

Yendo a otro aspecto de esta reunión, subrayemos que se dividía en tres grupos: el de los países occidentales, el bloque soviético y el de los Estados subdesarrollados. Grupos, en el sentir de Robert Buron, que no eran más que *grupos aparentes*, recubriendo y desfigurando divisiones reales mucho más sutiles. Así, el grupo occidental se dividía, a su vez, sobre la filosofía y los métodos a seguir.

Lo esencial para nosotros es que la «potencia de la pobreza» —expresión de Daniel Cabou, ministro de Comercio, de Industria y de Artesanía del Senegal— se manifestaba en el llamado grupo de los 75 (o de los 77).

Una publicación hispanoamericana atribuye a los iberoamericanos la organización del frente de los subdesarrollados en esta Conferencia. «Los iberoamericanos, que habían tenido dos reuniones previas en Brasil y Alta Gracia y definido en ellas sus objetivos y principios, lograron organizar —venciendo incontables dificultades— el núcleo de las naciones en desarrollo, comprensivo de Iberoamérica, África y Asia. Este grupo pasó a llamarse *de los 75*, por el número de los países que lo formaron, cuya unidad constituyó un formidable ariete, que obligó a los países desarrollados a hacer concesiones» (concesiones que procedieron, sin embargo, sólo del lado occidental). La formación de este grupo «fue estimada como un acontecimiento tan importante como el mismo resultado económico de la Asamblea». Para Mr. Heath, uno de los más importantes aspectos de la Conferencia era precisamente el surgimiento de tal grupo de países subdesarrollados *trabajando conjuntamente*. O como ha señalado el citado Daniel Cabou: «Los 75, elevándose por encima de todo lo que podía dividirles, han sabido superar las diferencias de religión, de raza, las divergencias ideológicas, para formar un bloque unido.»

No obstante, algunos han llevado la prudencia a no ver en esa agrupación de países subdesarrollados algo tan completo como un bloque unido. Esta dirección ha seguido el tunecino Chedly Ayari. Para éste, aunque era prematuro hablar de que se iba a llegar a la formación de un bloque homogéneo de los países pobres, daba por segura, desde luego, una tendencia —cada vez más pronunciada— de la masa de los países desheredados a enfrentarse con el bloque de los Estados ricos, independientemente de la diversidad de las ideologías y de los sistemas socio-económicos de los países de la *Affluent Society*... Algo parecido hemos leído en *Finis Terrae*: «La alianza amarrada ahora [entre los países pobres] podría proyectarse —por sobre los diferentes valores que frente a la cultura y la definición fundamental del

hombre diferencian a muchas de estas naciones— *en una acción política común.*» Y de Léopold Sedar Senghor son estas interesantes afirmaciones, hechas a principios de octubre de 1964: «Soy de los que piensan que la solidaridad afro-asiática debe extenderse a [Iberoamérica] y a las Antillas, que el grupo de los 75 constituido en Ginebra debe ser el instrumento de nuestra común liberación económica y social.»

Y la verdad es que, a despecho del escepticismo, se lograron algunos de los fines de la Conferencia. Lo que de por sí constituye un claro éxito y un «hecho histórico».

Pues bien; en el *capítulo positivo* han de apuntarse:

1.º Adopción de un «Acta final», con el valor de honesta relación del discurrir de la Conferencia —objetivos generales, datos de hecho sobre los que se han basado los trabajos, consideraciones esenciales que han servido de inspiración para la elaboración de sus conclusiones, etcétera—.

2.º Aprobación de un conjunto de *recomendaciones* a someter a la Asamblea General de las Naciones Unidas, con el carácter de punto de partida. Máxime cuando, como tales recomendaciones, no son obligatorias ni ejecutorias. (Véanse las «observaciones» y las «reservas» —un número apreciable de las cuales emanaba de los principales Estados comerciales del mundo—).

3.º Redacción de un conjunto de principios llamados a regir las relaciones económicas internacionales —desde la igualdad soberana de los Estados a la necesidad de una descolonización completa, pasando por la utilización en el desarrollo de los recursos liberados por el desarme general completo—. (Principios *generales* a los que se unen principios *especiales* —referentes a las relaciones comerciales, a los países sin litoral—).

Ahora bien; para algunos, tal conglomerado de principios, más que constituir un conjunto coherente de principios —especie de «Declaración de principios de los pueblos subdesarrollados»—, representa «un conjunto disparatado» de nociones diversas y de valor desigual (Brasseur).

4.º Instauración de un Organismo dependiente de las Naciones Unidas, «sin la obligatoriedad que se pretendía, pero con algunas atribuciones, y con una gran fuerza moral».

En efecto, de esta reunión de Ginebra iban a surgir: a) Una *Conferencia, sobre el comercio y el desarrollo*, reuniéndose a intervalos no excediendo de tres años, como órgano de la Asamblea General de la O. N. U. b) Un *Consejo de comercio y desarrollo*, que ejerce las funciones de la primera cuando no está en sesión, y compuesto de 55 miembros representando a los diferentes grupos de Estados participantes en la reunión ginebrina (22 representantes

de países de Africa y Asia y Yugoslavia, 18 de naciones de economía occidental y Japón, nueve de Estados iberoamericanos, Jamaica, etc., y seis de países comunistas —a excepción de Yugoslavia—; y c) Una *Secretaría permanente*, a la que corresponderá —como indicaba el padre Le Bret— preparar el próximo «paso adelante».

En el capítulo del *balance negativo* de la Conferencia ha de destacarse —con enérgicos trazos— el *no haber dado el ejemplo de una seria toma de conciencia de las responsabilidades comunes*: tanto del lado de los Estados desarrollados como del de los subdesarrollados. «Cada uno de los países —ha consignado André Philip— llegaba a la Conferencia con sus cuestiones, con sus preocupaciones.»

Se ha aducido la actitud negativa de los Estados Unidos en casi todos los problemas. No resultaba mejor la posición soviética. «La ayuda siempre debe ser voluntaria», era su postura. La U. R. S. S. entendía que debía conservar una libertad de acción total, escapando a toda disciplina. La Gran Bretaña mantenía —en una concepción conservadora— una postura conforme a la vieja tradición del comercio mundial, encaminada a volver al librecambio clásico. por la generalización de la cláusula de la nación más favorecida, etcétera. Parejamente, se subraya cómo un achaque de los subdesarrollados era éste: contaban más sobre la potencia de su número que sobre un diálogo mesurado y razonable (*Brasseur*). A lo largo de los trabajos de la Conferencia, ellos adoptaban una actitud bastante rígida, aunque al final optaban por una cierta moderación, poniendo lo esencial de sus exigencias sobre el mecanismo institucional a crear.

Y, por supuesto, decepcionante ha sido la singularidad de no haber acertado la Conferencia a elaborar *la necesaria regla de Derecho internacional* capaz de preservar los intereses de los países subdesarrollados y de haber puesto el acento sobre el principio —anticuado y económicamente peligroso— de la soberanía de los Estados. Confiemos —es lo único que podemos hacer— en que alguna vez se siga la ruta de ese *nuevo Derecho internacional* a que se ha referido el padre Le Bret: relativo a la utilización de las riquezas naturales y a la regulación de los cambios de todas clases, en la perspectiva de un desarrollo universal solidario, que condicione la progresiva instauración de una *civilización de solidaridad*.

Sin embargo, como admite Robert Buron, las decisiones tomadas en la Conferencia de Ginebra no son, *à terme*, carentes de valor, si se tienen en cuenta las inevitables dificultades.

Aún más. Según advierte J. Rabemananjara, la Conferencia «no ha abier-

to verdaderamente ni ha cerrado verdaderamente la puerta al desarrollo». Desde luego, que no haya abierto la puerta es decepcionante, pero que no la haya cerrado permite conservar la esperanza.

Con todo, la Conferencia de Ginebra de 1964 se ve como la Conferencia en que se *tomaba conciencia de las diferencias*, cada vez mayores, entre los países ricos y los países pobres.

Sin embargo, hoy, en la C. N. U. C. D. de Nueva Delhi (1968) *se han visto las realidades y las dificultades a la solución de los problemas* de las relaciones entre los Estados hartos y los Estados hambrientos. La tremenda urdimbre de esas cuestiones se percibe con sólo echar una ojeada a los derroteros de la Conferencia, a base de perfiles como los recogidos a continuación:

1.º **Actitud reservada y prudente del grupo de los desarrollos occidentales** (actitud acentuada con las dificultades económicas del mundo occidental: plan de austeridad británica, medidas de defensa del dólar).

2.º **Irritación de los países subdesarrollados ante la lentitud de las interminables discusiones técnicas** tenidas por «escapatorias» de las naciones ricas. En este campo, registremos el descontento de los países africanos, al estimar que la Conferencia se había orientado «hacia las palabras más que hacia la acción». O la «insurrección» de Yugoslavia y de la R. A. U. ante la pequeñez de los resultados previsibles de la Conferencia. El mismo secretario de la C. N. U. C. D. —el doctor R. Prebisch— ha sostenido que esta Conferencia *había consumido demasiado tiempo para lo poco logrado*.

3.º **Subsistencia de tensiones**, no sólo entre ricos y pobres, sino en el interior de cada uno de estos dos entramados (por ejemplo, «distancia» del Brasil y de Colombia frente a los exportadores africanos de los mismos productos).

4.º **Escasos resultados de la Conferencia**. Una publicación del mundo subdesarrollado ha descrito expresivamente el asunto: «Los resultados de la Conferencia siguen lejos de nuestras esperanzas. *Los países desarrollados han dado algunos pasos vacilantes en terrenos secundarios.*» Si bien, con relación a la Conferencia de 1964, se han notado menos discursos demagógicos e inflamados, se tiene que *el número de las resoluciones adoptadas ha sido mínimo* (posición de la delegación de la Santa Sede, etc.).

5.º **Escasos resultados achacados** —por el citado doctor Prebisch— al *carácter demasiado pesado de la maquinaria de la Organización*. Esta situación se ha sintetizado elocuentemente por un semanario mejicano: *mucho para poco*. Por consiguiente, necesidad —en el criterio de Prebisch— de *reorganización y agilización* de la C. N. U. C. D.

Y el ambiente de «diálogo de sordos» entre naciones desarrolladas y países subdesarrollados no parece modificarse. Ahí está, como prueba de último momento, el discurrir previsto para el Comité especial de preferencias de la C. N. U. C. D., creado en Nueva Delhi.

\* \* \*

Pero las cosas no concluyen con el reconocimiento de la problemática *comercio-desarrollo*.

Y, para que se sitúe adecuadamente la complejidad de esta temática, no estará de más subrayar la afluencia de propuestas en distintas parcelas del gran asunto del comercio mundial en sus implicaciones Estados ricos-Estados pobres.

Hagamos una concisa enumeración de propuestas (extraídas de la Prensa diaria de tono *internacional*):

1. *Creación de un Fondo de desarrollo alimentado por la reducción de los gastos militares*. Petición de Guinea en la mencionada Conferencia del Comercio. Un nuevo Plan Marshall para los países subdesarrollados y financiado por una reducción de los gastos de armamento era preconizado, en la misma Conferencia, por el delegado de Ghana.

2. *La elevación del precio de las materias primas a un nivel remunerador*. Propuesta de Francia y un cierto número de países del Mercado Común en la Conferencia mundial de C. y D. O determinación del precio de venta de las materias primas por el reconocimiento de un «valor intrínseco» al abrigo de las fluctuaciones. Propuesta de la delegación argelina en la misma Conferencia. Estabilización de los cursos de las materias primas tropicales sobre «una base equitativa». Demanda del Camerún en esa Conferencia. Pero, como advertía T. Kristensen —secretario general de la O. C. D. E.—, «lo que es preciso entender en términos concretos por precios equitativos y remuneradores y cómo llegar a ello constituyen problemas que será preciso resolver para cada caso específico». Y no se olvide, en este dominio, una tacha: los Acuerdos de tipo mundial no pueden funcionar más que para un pequeño número de productos (editorial de *Le Monde*).

3. *Aumento de las ventas de materias primas originarias de los países subdesarrollados* por medio de la suspensión o la reducción de obstáculos de tarifas. Proposición del Reino Unido y del G. A. T. T. en la mentada Conferencia mundial del Comercio. En opinión de los defensores de tal orientación, un remedio natural para los males del mundo subdesarrollado sería, a primera vista, el comercio: *trade not aid*. «La verdadera ayuda a

los países subdesarrollados es facilitar su comercio: eliminando las tasas interiores que restringen el consumo de tal o cual producto alimenticio de origen tropical, abriendo más las fronteras a los productos textiles, los artículos de cuero, etc., fabricados en el *tercer mundo*.» Estamos en presencia de una doctrina liberal defendida con ardor por los anglosajones en el G. A. T. T. y que conseguía convencer a un buen número de naciones subdesarrolladas, mostrándoles que los regionalismos tipo C. E. E. o asociación de los países africanos al Mercado Común constituyen un grave golpe al gran juego del liberalismo mundial y a la ley de los costes comparados.

4. *Necesidad de la creación de grupos económicos regionales.* Idea contenida en el plan de Gabón ante la Conferencia mundial de C. y D. Concepto inspirado en una *aide-mémoire* francesa favorable —a la luz de la reconstrucción de las economías europeas de la posguerra— a la formación de grupos regionales de países subdesarrollados, disponiendo de un organismo comparable a la O. E. C. E., capaz de organizar un comercio intra-regional liberado, pero protegido frente al mundo exterior, y financiado por un sistema de crédito análogo a la U. E. P. Se le achaca en determinados medios —ingleses y americanos— su inspiración «dirigista». Mas, a pesar de las críticas, se pone de relieve que el *tercer mundo* no obtendrá nada serio si no se impone de un modo o de otro a los Estados de la «sociedad industrial». Las naciones jóvenes no sólo tienen a su disposición medios de presión política. También pueden disponer de armas económicas si saben equiparse. (Para determinados productos, el sistema de *pool* de vendedores puede reforzar la fuerza de maniobra del *tercer mundo*: P. Drouin.) No obstante, el Japón se ha elevado contra una multiplicación de los grupos económicos regionales de los países subdesarrollados y ha defendido la limitación de su número.

5. *Necesidad de que los países subdesarrollados hagan esfuerzos para sanear sus economías por medio de "una adecuada planificación y una sana política financiera y fiscal"*. Este reconocimiento por parte de los Estados del *tercer mundo* es una de las conclusiones deducidas de la primera fase de la Conferencia mundial sobre el Comercio y el Desarrollo. Merece destacarse que Túnez colocaba a la cabeza de las recomendaciones necesarias para conseguir el *desamarre* de la economía de los países subdesarrollados («la reorganización de las estructuras económicas y sociales de estos países»). También el Japón ha insistido en que el desarrollo de los países subindustrializados depende, aparte del mantenimiento de la prosperidad de los Estados industrializados, de sus propios esfuerzos. Parejamente, la Alemania occidental ha subrayado que el desarrollo de los países del *tercer mundo* depende de sus propios esfuerzos y de la voluntad de fomentar la iniciativa privada y las inversiones extranjeras.

Interesante directriz. Ya en 1962 un semanario marroquí hacía un llamamiento a los subdesarrollados a tomar conciencia de sus responsabilidades. Y Ferhat Abbas decía en el mismo año: «Llamaremos a nuestros amigos, a la ayuda extranjera. Pero no olvidemos que en este terreno nada puede reemplazar a nuestra disciplina y nuestra labor. El trabajo sigue siendo la inversión más segura del hombre. Ante todo, debemos contar con nuestras iniciativas, con nuestros esfuerzos; es decir, con nosotros mismos.» Ideas a las que siguen las de Modibo Keita: «Un país no puede construirse sólo por las aportaciones exteriores, sólo por la ayuda exterior. Primera y necesariamente es preciso que los hijos del país comprendan que deben ser los primeros, que deben ser la vanguardia de la construcción nacional.» Conceptos que pueden acompañarse por los que exponía, en marzo de 1964, el embajador tunecino en París, doctor Sadok Mokaddem: «La ayuda exterior debe ser un *apport* y no un sustitutivo del esfuerzo nacional.»

\* \* \*

Demasiados planes, se dirá. Ciertamente. *Le Monde* escribía, el 4 de abril de 1964, que, «en el plano técnico, los mismos expertos están desbordados por la multiplicidad de los planes, proposiciones [y] programas que surgen a una cadencia acelerada».

Verdad ese «desbordamiento». Pero no menos verdad es que todo ello supone una gran gama de síntomas sobre la complicada trabazón de las relaciones Estados ricos-Estados pobres.

Por ello cabe que digamos, con un especialista de estas cuestiones —Pierre Drouin—: si con ocasión de la Conferencia mundial del Comercio pudiera ponerse un poco de orden en los «cuadernos de quejas» del *tercer mundo*, y si detrás de las frases —pletóricas de buenos sentimientos— de los dirigentes de los países industriales apareciese mayor determinación, no se habría perdido el tiempo...

Por tanto, en pos de ese orden y de esa determinación, imprescindibles, tal vez sea un excelente método el propugnado por el ministro italiano del Comercio Exterior en la Conferencia mundial del Comercio. Ante la complejidad de los problemas, el gobernante italiano recomendaba el sistema de *approches successives*. Pero siempre fundando la solución de los problemas —como pedía la Gran Bretaña— *sobre principios económicos sólidos y sobre las realidades de la situación internacional*.

## V. CONCLUSIÓN

Ahora, para concluir estos puntos, comprendamos plenamente lo que quieren decir las experiencias pasadas en revista.

Tras un ambiente de la ayuda exterior coincidente con una concepción *optimista* del desarrollo económico, la tendencia imperante pasaba hacia el pesimismo. Hoy, las palabras de orden son *revisión* y *realismo*. Dícese que, gracias a un conocimiento más completo del tema, nos aproximamos al momento en que *revisemos* nuestros «conocimientos especulativos» sobre la ayuda al mundo subdesarrollado, fundándonos en una noción más *realista* de las vastas posibilidades de desarrollo de una economía mundial más integrada.

Lo que se siente en el ambiente mundial es *la revisión de la concepción de las relaciones económicas mutuas*. Tal ha sido el sentido que se daba —así, por *Le Monde*— a la Conferencia mundial sobre el Comercio y el Desarrollo.

En un cierto grado, puede haber pie para moderadas esperanzas. Impresiones de algunos oteadores de las cuestiones económicas nos hacen incurrir en ellas. Veamos. Hablando de «las modificaciones de estructura de la economía mundial en la época de la coexistencia», el profesor Gerhard Colm ha advertido que tal coexistencia parece ser una fase transitoria hacia formas de existencia enteramente nuevas que se yuxtapondrán. Se delinea una nueva interdependencia en la que la diplomacia no desempeña ya el papel preponderante y donde la iniciativa de una de las partes desencadena un movimiento análogo de la otra, etc.

Ahora bien; tómese esto en su *real* sentido. Ciertamente, según el doctor Colm, muchos signos hablan, en el seno de la economía mundial, de un principio de cooperación —todavía muy floja—, de una aproximación, pero no de una integración que supondría una verdadera semejanza de los sistemas.

Confiemos —es lo único que podemos hacer— en la pronosticada arribada de esa integración, con tan saludables efectos...

Y, con ese talante, ha de comprenderse que un paso previo en tal marcha es aprehender la verdad de la afirmación de Pablo VI, en su alocución del 4 de octubre de 1966: *En nuestros días, la paz se llama desarrollo de los pueblos que todavía necesitan demasiadas cosas precisas para la vida y que aún constituyen una gran parte del género humano.*

## R É S U M É

Cette étude commence par signaler que le problème le plus important de notre époque est la relation entre Etats développés - Etats sous-développés (selon l'opinion de Jean XXIII, dans *Mater et Magistra*, 161). Ce critère ne fait que concrétiser les pensées relatives à ce thème d'un groupe d'auteurs et de politiciens: G. Myrdal, B. Ward, P. Mendès-France, John F. Kennedy, W. Brandt, général Gavin, etc. Sur ce thème il est possible de citer une quantité infinie de phrases d'auteurs.

Ceci sert de base à la mise au point du système de particularités du concept lutte de classe à échelle mondiale, dont l'évidence peut être palpée en observant qu'elle s'étend au sein même du mouvement communiste international et à l'idéologie de beaucoup de politiciens du troisième monde (face au monde développé).

On peut se poser la question: Y a-t-il une solution au problème?

Ceci suscite la procédure de la dynamique de l'aide extérieure. L'auteur essaie de signaler— en se basant sur des documents conscients (et pas seulement de l'O. N. U.)— l'ampleur des nécessités du monde sous-développé. Et ceci est clairement perçu en utilisant les textes du M. I. T., par d'éminents spécialistes tels que Perroux, Moussa, Tabah, etc.

Après l'estimation des nécessités, on entre dans la trame des idées qui justifient l'aide due pour combattre le sous-développement: raisons morales, politiques, économiques et culturelles. Aujourd'hui pourtant on parle d'une multiplicité de raisons. Un rapport français récent affirme que la politique se combine avec l'éthique.

Ce principe une fois admis dans le domaine des idées, nous nous trouvons devant les faits, devant les réalités de l'institutionnalisation de la lutte mondiale contre le sous-développement. Dans cette orientation, apparaissent les inconvénients du bilatéralisme et les avantages du multilatéralisme. Mais une étude approfondie de ce dernier découvre ses limitations et met en relief l'urgence de la création d'un organisme mondial qui mette en pratique cette singularité de notre temps: dans la lutte contre le sous-développement, l'aire a déjà remplacé la charité; désormais la coopération doit remplacer l'aide (conformément à la formule de René Maheu, directeur général de l'UNESCO). Les exigences de ce système de coopération —ses facettes et ses difficultés— sont examinées au travers des impressions produites à partir de la Conférence du commerce et développement (Genève 1964) et de la réunion de Nueva Delhi (1968).

*Après s'être référé à d'autres aspects de la problématique du commerce entre Etats riches et Etats industriellement sous-développés, l'auteur conclue en rappelant la transcendance de la philosophie de Paul VI selon laquelle la paix s'appelle développement...*

## S U M M A R Y

*The article begins by indicating that the most important problem of our time is the relationship between developed States and under-developed States (according to Pope John XXIII, in Mater et Magistra, 161). This opinion really confirms the thoughts of a great many authors and politicians on the subject, such as G. Myrdal, B. Ward, P. Mendès-France, John F. Kennedy, W. Brandt, General Gavin, etc. One can quote many names in connection with this particular matter.*

*This helps to outline the particularities of a suspected struggle of classes on a world wide scale, evidence of which is clear if one observes that it has even reached the very heart of the international Communist movement and the ideology of politicians of the third world (as opposed to the developed world).*

*The question, is there any solution to the problem? is inevitable.*

*It gives rise to the convenience of foreign aid. The author's work shows—from conscientious documents (not only from the ONU)—the entire scope of the necessities of the underdeveloped world. This can be clearly seen from texts by the M. I. T. and specialists such as Perroux, Moussa, Tabah, etc.*

*After estimating these necessities, he deals with the ideas that justify any aid for the underdeveloped; moral, political, economical and cultural reasons. But the truth is that today one talks of multiplicity of reasons. A recent French report stated that politics is combined with ethics.*

*This being admitted insofar as ideas are concerned, we are then faced with facts, with the realities of the institutionalization of the world wide fight against underdevelopment. Both the inconveniences of bilateralism and the advantages of multilateralism run parallel along this path. But if we go a bit further, one can see the limitations of the latter and the urgent need for the creation of a world organism to put this important enterprise of our time into practice; In the fight against underdevelopment, and has already taken the place of charity; now, cooperation must take the place of aid (according to René Maheu's formula, general director of the UNESCO). The requirements of such a system of cooperation—and*

*its different facets and difficulties— are duly surveyed through the impressions obtained from the Trade and Development Conference (Geneva, 1964) and the recent New Delhi Meeting in 1968.*

*After making references to other problems regarding trade between rich States and sub-industrialized States, the article concludes by drawing attention to the importance of Pope Pauls VI's philosophy whereby he maintains that Peace is called Development...*

